



J.R.R.
TOLKIEN
AUTOR del SIGLO

TOM SHIPPEY

minotauro

J.R.R.
TOLKIEN
AUTOR DEL SIGLO

T.A. Shippey

minotauro

J.R.R. Tolkien. Autor del siglo
T.A. Shippey

Título original: *J.R.R. Tolkien. Author of the Century*
© T.A. Shippey, 2000
Primera edición en Gran Bretaña: HarperCollinsPublishers 2000

✠ y 'Tolkien' son marcas registradas de The Tolkien Estate Limited
© Traducción de Raúl Montero Gilete, 2024

Imagen de cubierta © Interfoto / Alamy / ACI
Diseño de colección de Coverkitchen
Adaptación del diseño de cubierta: Book & Look

Publicación de Editorial Planeta, SA. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona.
Copyright © 2024 Editorial Planeta, SA, sobre la presente edición.
Reservados todos los derechos.

ISBN: 978-84-450-1714-2
Depósito legal: B. 6.707-2024
Printed in EU / Impreso en UE

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible



Inscríbete en nuestra newsletter en: www.edicionesminotauro.com
Facebook/Instagram: @EdicionesMinotauro
Twitter: @minotaurolibros
www.sociedadtolkien.org

ÍNDICE

<i>Índice</i>	6
<i>Agradecimientos</i>	9
<i>Prólogo</i>	11
Capítulo I	
<i>El Hobbit: reinventando la Tierra Media</i>	45
Capítulo II	
<i>El Señor de los Anillos (1): construyendo un argumento ...</i>	103
Capítulo III	
<i>El Señor de los Anillos (2): conceptos del mal</i>	175
Capítulo IV	
<i>El Señor de los Anillos (3): la dimensión mítica</i>	231
Capítulo V	
<i>El Silmarillion: la obra de su corazón</i>	309
Capítulo VI	
Las obras breves: dudas, temores, autobiografías.....	353
<i>Epílogo</i>	401
<i>Los seguidores y los críticos</i>	401
<i>Lista de referencias</i>	429
<i>Obras de J.R.R. Tolkien</i>	429
<i>Índice onomástico</i>	438

CAPÍTULO I

EL HOBBIT: REINVENTANDO LA TIERRA MEDIA

¿Un momento de inspiración?

La historia de cómo J.R.R. Tolkien comenzó su carrera, no como escritor de ficción —que había comenzado muchos años antes— sino como escritor de ficción publicada, es conocida. Según cuenta el propio Tolkien, una tarde, después de haberse convertido en catedrático de lengua anglosajona en la Universidad de Oxford, estaba sentado en su casa de Northmoor Road corrigiendo laboriosamente los exámenes del *School Certificate*. Debemos señalar que esta tarea no formaba parte de sus obligaciones universitarias, pero muchos académicos de la época la realizaban como una asignación extra de verano para complementar sus ingresos. Un trabajo aburrido, pues, que ponía el intelecto de Tolkien muy por debajo de su nivel máximo, pero que, al mismo tiempo, por respeto hacia los examinandos, debía hacerse a conciencia, con plena atención: un trabajo académico exigente y arduo que, a diferencia de coser o estar en una cadena de producción, no daba oportunidad a la mente para divagar. En esta circunstancia —cuya tensión solo podrán apreciar plenamente quienes hayan corregido, digamos, quinientos exámenes escritos a mano sobre el mismo tema—, Tolkien pasó una página y descubrió que un candidato:

Dejó piadosamente una hoja en blanco (lo mejor que puede esperar el que corrige), y en ella escribió: «En un agujero en el suelo vivía un hobbit». Los nombres siempre generan relatos en mi mente. Pensé más tarde que haría bien en descubrir cómo eran los hobbits. Y eso fue solo el principio.

(*Biografía*, p. 191; véase también
Cartas, pp. 252-253)

Fue un comienzo, pero también fue para Tolkien, como para Bilbo cuando encuentra el anillo en el suelo del túnel en el capítulo 5 de *El Hobbit*, «un momento decisivo en su carrera». Ahora sabemos que la Tierra Media, en cierto sentido, ya existía en la mente de Tolkien, pues al menos desde 1914 había estado escribiendo las leyendas élficas y humanas que aparecerían, muchos años después y tras su muerte, como *El Silmarillion* y *El libro de los cuentos perdidos*. Pero la Tierra Media nunca habría llamado la atención del público sin los hobbits.

Entonces, ¿qué son los hobbits? ¿Y cómo llegó Tolkien a escribir la frase más trascendental de su obra en esa hoja en blanco durante el instante en el que su concentración cedió al tedio bajando la guardia y permitiendo aflorar algo que no podría imaginar, algo reprimido o incubado durante mucho tiempo que al fin conseguía liberarse? ¿De dónde surgió la idea de los hobbits?

Para esta última pregunta hay varias respuestas, que a su vez resultan cada vez más interesantes y complejas. Quizás la más sencilla y menos satisfactoria sea la que se obtiene buscando la palabra «hobbit» en el diccionario, concretamente en el *Oxford English Dictionary*, un gigantesco proyecto colectivo de más de un siglo de antigüedad, para el que el propio Tolkien trabajó y al que contribuyó en su juventud, pero con el que quizás, como resultado de ello, estuvo en continuo desacuerdo e incluso se esforzó —en *Egido, el granjero de Ham*— en ridiculizar.

La segunda edición del *OED*, publicada en 1989, dice respecto a los hobbits: «En los relatos de J.R.R. Tolkien [...] un miembro de un pueblo imaginario, una variedad pequeña de raza humana, que se daban a sí mismos este nombre» (etc.), lo que sigue sin ofrecernos demasiadas pistas. Sin embargo, Robert Burchfield, antiguo redactor jefe del *OED*, informaba con sorna y orgullo en *The Times* el 31 de mayo de 1979 que, finalmente, habían averiguado qué eran los hobbits. La palabra ya existía antes de Tolkien. Aparece una vez en una publicación llamada *The Denham Tracts*, una serie de folletos y apuntes sobre folclore recopilados por Michael Denham, un comerciante de Yorkshire, en las décadas de 1840 y 1850, y reeditados por James Hardy para la Folklore Society en la década de 1890. Los hobbits aparecen en el volumen 2 (1895). Según mis cálculos, ocupan el puesto 154 en una lista de 197 tipos de criaturas sobrenaturales que incluye, con algunas repeticiones, a los *barguests*, *breaknecks*, *hobhouldards*, *melch-dicks*, *tutgot*, *swaithes*, *cauld-lads*, *lubberkins*, *mawkins*, *nick-nevins* y muchos otros, junto con los relativamente rutinarios *boggarts*, *hob-thrusts*, *hobgoblins*, etcétera. No se hace más mención de los hobbits, y el índice de Hardy dice de ellos, como de casi todas las criaturas de la lista, que son «una clase de espíritus». Los hobbits de Tolkien, por supuesto, son obstinadamente terrenales y alejados de poder ser considerados como «espíritus». En este sentido, Tolkien escribió en su primer relato sobre ellos:

hay poca o ninguna magia en ellos, excepto esa común y cotidiana que los ayuda a desaparecer en silencio y rápidamente, cuando gente grande y estúpida como vosotros o yo se acerca sin mirar por dónde va, con un ruido de elefantes que puede oírse a una milla de distancia.

(*El Hobbit*, p. 30)

Es posible que Tolkien leyera *The Denham Tracts*, retuviera inconscientemente la palabra «hobbit» y luego se olvidara de ella hasta el momento en el que apareció la hoja del examen en blanco, pero diga lo que diga *The Times*, la simple aparición de la palabra difícilmente puede considerarse su fuente, y menos aún su «inspiración». Los filólogos aman las palabras, es cierto, pero también saben lo que son, y la palabra no es «la cosa». Al menos, no por sí sola.

Debemos recordar que Tolkien estaba muy interesado en las palabras, los nombres y sus orígenes, y sabía más sobre algún tipo de palabras que cualquier otra persona viva (véanse más adelante las pp. 111-113 y 140-145). Este pensamiento nos lleva a una única teoría algo más productiva en referencia a los hobbits, que es la de que la palabra hobbit se parece mucho a *rabbit* [conejo] y, por lo tanto, podrían tener algo que ver con ellos. Poco después de la publicación de *El Hobbit*, el 16 de enero de 1938, *The Observer* publicó una carta de un corresponsal desconocido en la que se sugerían conexiones poco convincentes entre los hobbits y otras criaturas peludas, reales o supuestas. Tolkien contestó al corresponsal —no quería que *The Observer* publicara su carta, pero lo hicieron— negando con buen humor las sugerencias y rechazando la idea de que los hobbits fuesen criaturas peludas o conejos:

mi hobbit [...] no era peludo, salvo alrededor de los pies. Tampoco se parecía a un conejo [...]. Llamarlo «sucio conejo» era una vulgaridad propia de trolls, como «hijo de rata» era un ejemplo de la malicia de los enanos.

(*Cartas*, p. 42)

Hay que decir, sin embargo, que no se trataba solo de los trolls. El águila que transporta a Bilbo en el capítulo 7 le dice: «No tienes por qué asustarte como un conejo, aunque te parezcas

bastante a uno». En el capítulo anterior, el propio Bilbo había empezado «a pensar que, cuando le llegara el turno, lo abrirían como un conejo para la cena». Y, al final de su estancia en casa de Beorn, este lo levanta, le aprieta irrespetuosamente el chaleco y comenta: «El conejito se está poniendo otra vez de lo más relleno y saludable con la ayuda de pan y miel». Thorin lo sacude «como a un conejo» en el capítulo 17. La opinión de que los hobbits son como conejos está, al parecer, bastante extendida entre quienes los conocen. Del mismo modo, uno puede entender por qué Tolkien rechazó tan firmemente la conexión. No quería que los hobbits, y Bilbo en particular, fueran equiparados a los conejitos, o incluso a los *coney*s —otra palabra para «conejos» que utiliza Bilbo y que define a estos animales como: pequeños, esponjosos, inofensivos, irremediabilmente infantiles, que nunca superan la categoría de animales domésticos. Probablemente, la palabra «conejo» era profesionalmente interesante para Tolkien, y puede que tuviera algo que ver con la relación entre los hobbits y las demás razas de la Tierra Media, por razones que se explicarán más adelante. Pero independientemente de lo que se diga sobre ellos, había que permitir que los hobbits fueran personas: no espíritus, ni animales, sino personas.

¿Qué clase de persona? Aquí se puede aprender mucho, como era de esperar, de la cuidadísima e inesperadamente sugestiva presentación de Bilbo justo al principio de *El Hobbit* que comienza, en efecto, con la famosa frase que supuso el punto de partida de inspiración, la frase del subconsciente: «En un agujero en el suelo, vivía un hobbit». Pero inmediatamente se nos dice que esto, por sí solo, sería totalmente engañoso. Las criaturas que viven en agujeros en el suelo deberían ser animales —conejos, topos, serpientes, ardillas de tierra, tejones— y un «agujero» transmite, sin duda, una mala impresión como lugar para vivir. «¡No llames a mi palacio un agujero

inmundo!», dice Thorin mucho más tarde, en el capítulo 13. «¡Espera a que esté limpio y redecorado!». El agujero de Bilbo, sin embargo, no necesita ni limpieza ni redecoración, porque la descripción inicial niega firme y categóricamente todas las sugerencias de la frase anterior:

No un agujero húmedo, sucio, repugnante, con restos de gusanos y olor a fango, ni tampoco un agujero seco, desnudo y arenoso, sin nada en que sentarse o que comer: era un agujero-hobbit, y eso significaba comodidad.

De hecho, esta vivienda parece la de un miembro de la clase media-alta victoriana de la juventud decimonónica de Tolkien, similar en todo excepto en que es subterránea —y en que no hay sirvientes—, llena de estudios, salones, bodegas, despensas, armarios y todo lo demás.

Asimismo, es bastante fácil situar a Bilbo tanto social como cronológicamente. Si no dispusiéramos del resto del libro, tendríamos que ubicarlo, atendiendo a las evidencias, en una época posterior al descubrimiento de América, ya que fuma en pipa y, de hecho, las últimas palabras de todo el libro son *tobacco-jar* (*tobacco* no aparece en inglés en el *OED* hasta 1588). Pero se podría ser más preciso, pues cuando Bilbo desea desanimar a Gandalf saca «el correo matutino», que, evidentemente, le entregan de manera rutinaria todas las mañanas. Bilbo debe vivir, pues, después de la introducción de un servicio postal —nuestro sistema familiar data, en Inglaterra, de 1837—. De un modo más indirecto, también podría pensarse que Bilbo pertenece a una época posterior a la de los motores de ferrocarril, ya que, aunque es el término del narrador y no el suyo propio, cuando finalmente pierde los nervios grita «como el silbido de una locomotora a la salida de un túnel» —el primer ferrocarril de vapor para mercancías y pasajeros

de Inglaterra se inauguró en 1825, y el primer túnel ferroviario en 1830.

Todo esto, por supuesto, resulta ser erróneo y el autor explica que la historia se sitúa «hace tiempo en la quietud del mundo, cuando había menos ruido y más verdor». Tolkien, sin embargo, no olvidó ninguno de los puntos planteados anteriormente, y más tarde haría todo lo posible por explicarlos o difuminarlos. Pero el hecho es que los hobbits son, y siempre serán, muy «anacrónicos» en el mundo antiguo de la Tierra Media. De hecho, esa es su función principal, ya que su anacronismo plantea un problema que varios escritores de novelas históricas han afrontado y resuelto de formas no muy distintas. Al ambientar una obra en una época muy lejana, un autor puede encontrarse con que la distancia entre esa época y la conciencia moderna del lector es demasiado grande para ser fácilmente salvada; y, en consecuencia, una figura esencialmente moderna en actitudes y sentimientos es importada al mundo histórico de la obra, para que sirva de guía a las reacciones del lector, ayudándole a sentir «cómo sería» estar allí. Un ejemplo obvio es la serie de novelas sobre el personaje Hornblower de C.S. Forester, que empezó a publicarse exactamente al mismo tiempo que *El Hobbit*. En estas obras, como todos sus lectores recordarán, el testarudo y duro Bush representa la normalidad nelsoniana, firmemente contrastada con la figura más inteligente, más remilgada y mucho más propia del siglo xx de Hornblower, que siente pavor por los azotes, cree en las duchas frías y la limpieza, y tiene nociones peligrosamente democráticas. Bilbo, incluso más que sus sucesores hobbits de *El Señor de los Anillos*, asume este papel de «reflector». Sus defectos son similares a los del lector infantil, e incluso el adulto, si mágicamente fuera transportado a la Tierra Media. Está «acostumbrado a que el carnicero se la entregase [su carne] lista ya para cocinar», no tan incapaz de «gritar

como una lechuza como de volar igual que un murciélago», y tiene que disimular su incapacidad a la hora de entender el lenguaje de los pájaros, ya sea «rápido y difícil» o no. Es una persona moderna, o al menos del siglo xx, que una y otra vez parece estar desplazada del lugar del mundo arcaico y heroico al que Gandalf le empuja.

Por otra parte, Bilbo está sólidamente situado en la sociedad hobbit, lo que no requiere explicación alguna —al menos para el lector de 1937—. Una vez que se ha tratado el tema de su «agujero», y se ha explicado cualquier sugerencia incorrecta que la palabra pudiera haber suscitado, lo primero que se nos dice sobre Bilbo hace referencia a su posición social, y esto es inusualmente preciso. Así, Bilbo es «acomodado», pero no necesariamente «rico»; la mayoría de sus parientes paternos son ricos, pero no tanto como los maternos. El *OED*, en este caso una excelente guía, como para la mayoría de los usos victorianos o eduardianos, define *well-to-do* [acomodado] como «poseedor de suficientes bienes como para vivir de forma holgada», lo que significa, sobre todo, no tener que trabajar. Por el contrario, «rico» tiene varios significados, ya que se trata de una palabra antigua, pero el más relevante es «que posee grandes posesiones o medios abundantes», abundantes por oposición a suficientes. Bilbo tiene lo suficiente y un poco más, pero no más que eso. Sin embargo, lo que él y su familia tienen sin reservas es «respetabilidad», que en la sociedad inglesa no tenía ni tiene correlación alguna con la riqueza. Es perfectamente posible, de hecho, normal, ser un miembro respetable y pertenecer a la clase obrera, e igual de normal ser un miembro de clase alta sin ningún tipo de respetabilidad. El *OED* define «respetable» cuidadosamente como «de buena o justa posición social, y con las cualidades morales naturalmente asociadas a ésta»: nótese las palabras «o justa», con las que Tolkien habría estado de acuerdo —no hay duda más adelante

de que la familia Gamyi es respetable, y prospera hacia una clase social superior, pero sin una «competencia» económica con la que empezar—, y también el indefinido e irreflexivo de «naturalmente asociadas», que Tolkien probablemente habría considerado un ejemplo más de la incorregible petulancia de los editores de diccionarios. Bilbo es, en resumen, de clase media-media. Aunque hay una contraindicación en esto, y es que su apellido es *Baggins* [Bolsón].

Bolsón es un apellido incipientemente vulgar. Uno de los troles, que son muy vulgares, como dijo Tolkien, se llama Huggins, de hecho, Bill Huggins, que es similar a Bilbo Baggins. Huggins —repito que Tolkien sabía mucho de nombres— es una forma diminutiva de un nombre personal —Hugh, Hugo—, como también lo son los apellidos comunes Watkins, Jenkins, Dickens, etcétera. Bolsón, sin embargo, no lo es, aunque es una palabra común en dos sentidos. Es «común» por no ser estándar, por lo tanto, vulgar —en la Inglaterra posmedieval, pero no antes—, de clase baja, dialectal; y era de uso común, es decir, general, en todo el norte de Inglaterra para referirse a la comida que un trabajador se lleva cuando va a trabajar, o cualquier cosa que se coma entre horas, pero especialmente, dice el *OED*, el té de la tarde «en forma sustancial». Tolkien lo sabía, sin duda, y sabía también que el *OED* había cambiado la palabra *baggins* —que es lo que la gente dice en realidad— por *bagging* —que es una ultracorrección—, ya que la palabra se cita y define en *A New Glossary of the Dialect of the Huddersfield District*, para el que Tolkien había escrito un elogioso prólogo en 1928. Tolkien no era del norte, pero toda su vida estuvo agradecido e incluso sintió «devoción» por la Universidad de Leeds (véase *Cartas*, p. 356), y apreció el dialecto norteño. De hecho, *El Hobbit* termina con un chiste derivado del *Glossary* que acabamos de mencionar, ya que en el dialecto de Huddersfield la palabra *okshen* no

significaba «subasta», sino «lío, desorden». Walter Haigh, que compiló el glosario, recoge la frase de desaprobación, utilizada aparentemente por una mujer contra otra: *Shu'z nout but e slut; er ees* [su casa] *ez e feer okshen* [un auténtico desastre]. Y cuando Bilbo regresa a casa, lo que encuentra es un *okshen* en ambos sentidos, desorden y subasta a la vez.

Pero volviendo a Bilbo Bolsón, pronto descubrimos que le gusta mucho comer, pero sobre todo adora su té. La «tertulia inesperada» del capítulo 1 es sin duda una fiesta del té, e innegablemente sustancial. Esto pone de manifiesto otro punto anacrónico sobre Bilbo, y sobre los hobbits en general, y es que son específicamente ingleses. Tolkien iba a insistir mucho en este punto en el Prólogo de *La Comunidad del Anillo*, en el que hace que toda la historia de la Comarca se corresponda punto por punto con la historia de la Inglaterra primitiva. Y esto queda meridianamente claro desde el primer encuentro de Bilbo con Gandalf. No se trata de una exageración si decimos que Bilbo es un poco esnob: no uno terrible, pues está dispuesto a ofrecer una pipa a los forasteros que pasan por allí, pero sí presto a trazar una línea divisoria entre «los suyos» y los demás. En varios momentos muestra la exclusividad social que tan a menudo ha molestado a los visitantes de Inglaterra. Rechaza la idea de las «aventuras» con un «no me explico por qué atraen a la gente», y luego intenta deshacerse de Gandalf ignorándolo, puesto que ha decidido que no pertenece «a su clase». Continúa, con una cortesía totalmente insincera, intentando despachar a Gandalf repitiendo «¡Buenos días!» mientras lo hace con un tono de despedida, no de saludo. En la misma línea continúa con un «¡Gracias!» repitiéndolo dos veces —esto significa, cuando en inglés se acortan las palabras, «no, gracias»— y, finalmente, acaba invitándole a tomar el té, pero en otro momento. Es obvio que gran parte de lo que Bilbo dice está codificado socialmente implicando

lo contrario, como cuando unas páginas más adelante les afirma a los enanos, en un tono cortés y reposado: «Supongo que os quedaréis todos a cenar» —lo que significa, para los que conocen el código, «habéis abusado de mi hospitalidad, marchaos».

Nada de esto es desconocido para el lector inglés y, por supuesto, resulta cómico ver a Gandalf ignorando repetidamente el código social y actuando de la misma manera que lo haría solo alguien ajeno a él, como si frases de Bilbo como «Os pido perdón» realmente implicaran lo que dice. De hecho, hay una palabra que resume a Bilbo, utilizada a menudo para referirse a la clase media inglesa a la que pertenece de forma tan evidente: *bourgeois* [burgués]. No se trata de una palabra inglesa, sino francesa, y Tolkien no la utiliza: lamentaba, de nuevo por motivos profesionales, que el francés normando se hubiese apoderado de la lengua inglesa en la Edad Media, y siempre trató de revertir su uso en la medida de sus posibilidades. Más adelante, en *El Señor de los Anillos*, se descubrirá que el camino donde se encuentra el agujero de Bilbo se llama *Bag End* [Bolsón Cerrado]: muy apropiado para alguien llamado Baggins, quizás, pero un nombre extraño para un camino. Y, sin embargo, en cierto sentido, muy familiar. Como consecuencia, existía un continuo y afrancesado esnobismo de la sociedad inglesa en la época de Tolkien, y después, de los propios ayuntamientos, que tenían —y siguen teniendo— la costumbre de indicar una calle sin salida con la forma francesa *cul-de-sac*, que es a lo que Tolkien se refiere con *bag end* [callejón sin salida], aunque en realidad los franceses lo llaman *impasse* [callejón sin salida], mientras que en inglés nativo es *dead end*. *Cul-de-sac* es una expresión absurda, y la familia Bolsón tiene el mérito de no usarla. También lo es para la familia Tolkien, ya que la casa de su tía Jane Neave estaba en un callejón sin salida, asimismo llamado, desafiantemente, *Bag End* (véase *Biografía*, p. 123).

Este dato no habla bien de la sección de la familia Bolsón con aspiraciones sociales que ha intentado afrancesarse y disfrazar sus orígenes llamándose a sí mismos los Sackville-Baggins [Sacovilla-Bolsón], como si procediesen de una *ville* —¿o villa?— en un *cul-de-sac(k)* [Bolsón Cerrado]. Ellos, pues, sí son realmente «burgueses». Bilbo está camino de serlo.

Gandalf quiere, sin embargo, hacerle regresar a sus orígenes, y por eso le convierte en *burglar* [saqueador]. *Burglar* es otra palabra extraña, y los angloparlantes que la usan tienden a asumir que la *-ar* al final de una palabra significa lo mismo que *-er*. En consecuencia, igual que un *worker* [obrero] es alguien que realiza la acción de *work* [trabajar], un saqueador debe ser alguien que roba. Pero esta derivación es falsa, y ejemplifica dos cosas de las que Tolkien, una vez más, sabía mucho: la «derivación formativa» y la «etimología popular». La raíz de *burglar* es, de hecho, la misma que la de *bourgeois*. En inglés antiguo —y probablemente también en fránico antiguo— *burh* significa «burgo, ciudad, fortaleza, mansión acorazada». Un *burgulator*, como señala el *OED*, es alguien que asalta mansiones, un *bourgeois* es alguien que vive en una. Son opuestos conectados, como los Sackville y los Baggins. Gandalf pretende trasladar a Bilbo de un lado, la esfera esnob, al otro. De este modo, Bilbo no será menos inglés, sino más. Hay que señalar, en vista de la mala prensa que ha tenido el «inglesismo» durante la mayor parte del siglo xx, que Tolkien se apresuró a señalar algunas de las virtudes patrias de Bilbo, en términos bastante similares a los de George Orwell, otro contemporáneo de Tolkien y otro ejemplo de «autofiguration» inglesa, ya que el verdadero nombre de Orwell era Blair, que abandonó porque pensaba que sonaba escocés, del mismo modo que Tolkien, consciente de que su propio nombre era originalmente alemán, tendía a identificarse con el apellido materno de su madre, Worcestershire (véase *Cartas*,

pp. 256-257). El narrador comenta, una vez que Bilbo ha reconocido a Gandalf y ha respondido con genuina emoción e interés: «Ya os habréis dado cuenta de que el señor Bolsón no era tan prosaico como él mismo creía, y también de que era muy aficionado a las flores». Los hobbits, pues, al igual que la clase media inglesa a la que claramente pertenecen, pueden aspirar a ser burgueses y aburridos, pero no es algo natural en ellos. Tolkien no tenía nada en contra de los ingleses de clase media, porque él mismo era uno de ellos y, a diferencia de muchos de los escritores de habla inglesa de su época, como Lawrence, Forster, Woolf o Joyce, no se sentía en modo alguno alienado, ni tenía ninguna intención de reinventarse a sí mismo como clase trabajadora, no inglés, en el exilio interno, o cualquier otra pose glamurosa. Esta es una de las razones por las que nunca ha encontrado el favor de la decididamente cosmopolita *intelligentsia* británica —por utilizar otro término extranjero—.

Así pues, Bilbo está definido, desde el principio de la obra, por la época, la clase social y la cultura. Es inglés, de clase media y situado históricamente más o menos en el período que va de la época victoriana a la eduardiana. Los hobbits, en general, demostrarán ser todas estas cosas incluso de manera más marcada que el propio Bilbo, pero también encontraremos algunas excepciones, como los Gamyi, que pertenecerán a la clase trabajadora. Ninguno está vinculado a la alta sociedad, ni siquiera los Tuk o los Brandigamo. Pero todos ellos también son señalados repetidamente como anacrónicos en el mundo que habitan. Al menos en apariencia —el tema se explora a lo largo de *El Hobbit* y *El Señor de los Anillos*—, estos personajes no encajan en absoluto en la Tierra Media, el mundo de los enanos y los elfos, los magos y los dragones, los troles y los trasgos, Beorn, Smaug y Gollum.

El mundo de los cuentos de hadas

El mundo de los cuentos de hadas no es, en origen, una invención de Tolkien, aunque quizás su mayor logro sea haberlo abierto a la imaginación contemporánea. En 1937, aunque no ahora, este mundo y los personajes que lo habitaban se conocían mejor gracias a un conjunto relativamente pequeño de historias extraídas de un corpus también relativamente pequeño de colecciones de cuentos de hadas clásicos europeos, los de los hermanos Grimm en Alemania, los de Asbjørnsen y Moe en Noruega, los de Perrault en Francia o los de Joseph Jacobs en Inglaterra, junto con imitaciones literarias como las de Hans Christian Andersen en Dinamarca, y colecciones literarias como los «Libros de hadas en color» de Andrew Lang; y por los muchos manuales victorianos de «mitos y leyendas» que se basaban en ellos. Estos cuentos hicieron que conceptos como «enano», «elfo» o «trol» resultaran familiares a la mayoría de la gente desde su más tierna infancia. Los enanos, por ejemplo, ocupan un lugar destacado en «Blancanieves» y comparten muchas de las características del pueblo de Thorin, como su profesión de mineros y su fascinación por la riqueza. Los troles no eran tan conocidos en inglés —la palabra es escandinava—, pero igualmente se han introducido en la conciencia inglesa a través de «Las tres cabras macho Gruff», un cuento recopilado por los noruegos Asbjørnsen y Moe. Los elfos aparecen en el cuento «Los elfos y el zapatero», y los trasgos, en las imitaciones literarias de cuentos de hadas realizadas por George MacDonald. Pocos niños crecen sin conocer alguno de estos cuentos u otros similares.

Sin embargo, estos cuentos de hadas tradicionales tienen importantes limitaciones, al menos en dos aspectos. El primero es que son independientes entre sí. Puede haber una vaga sensación de que todos ellos tienen lugar en algo parecido al

mismo mundo, un pasado lejano remotamente percibido que, como Bilbo dice de las historias de Gandalf, trata de «dragones y trasgos y gigantes y rescates de princesas y la inesperada fortuna de los hijos de madre viuda». Pero este mundo no está conectado con ninguna historia o geografía conocida, y no existe conexión entre ninguno de los cuentos. Por tanto, no pueden desarrollarse. Estimulan la imaginación, pero no la satisfacen del todo; no, al menos, de la forma que esperan los lectores modernos, con una trama completa y personajes desarrollados y, quizás lo más importante de todo, un mapa.

Y hay otro problema con los cuentos de hadas que Tolkien percibió con claridad. Y es que, desde el principio, es decir, desde el momento en que los eruditos empezaron a interesarse por ellos y a coleccionarlos, ya parecían encontrarse, en cierto modo, en ruinas. En el siglo XIX, los hermanos Grimm tenían sin duda, como motivo principal para hacer su recopilación de *Cuentos de la infancia y del hogar*, el deseo de realizar una especie de arqueología literaria rescatando estas historias del olvido. Estaban convencidos de que los cuentos que recopilaron, breves como eran y profundamente insertados en la escala social y literaria, aún conservaban fracciones de una creencia más antigua, genuinamente alemana, que había sido finalmente suprimida por los misioneros y la alfabetización extranjera, así como por el cristianismo. Jacob Grimm, el hermano mayor, intentó encajar las piezas, o al menos reunir todas las que pudo, en su extensa obra *Deutsche Mythologie*, o «Mitología teutónica». Desde entonces, esta tentativa ha sido generalmente ignorada o ridiculizada. Una de las críticas argumentaba que, en algunos casos, como en el de «enano» (véanse las pp. 20-21), todas las lenguas germánicas habían conservado la misma palabra, aunque claramente no la habían tomado prestada de las demás, porque la palabra siempre había cambiado a medida que lo habían hecho las lenguas a lo largo de milenios.

Así, los angloparlantes decían *dwarf* [enano], los alemanes *Zwerg* y los islandeses *dvergr*. Esto parecía indicar que la palabra era muy antigua, mucho más que los cuentos de hadas en los que la palabra aparecía y se conservaba. Así que, por ende, siempre debió de emplearse en los cuentos de hadas. Entonces, ¿cómo serían esos viejos cuentos antes de que toda la mitología se redujera a ser escuchada por los niños de boca de sus niñeras?

Además, esta teoría se ve confirmada por el redescubrimiento, en los siglos XVIII y XIX, de fragmentos relacionados con la antigua literatura aristocrática y para adultos del norte de Europa. Shakespeare, por ejemplo —aunque estaba claro que sabía más de lo que estaba dispuesto a demostrar sobre los cuentos de hadas—, podía perfectamente desconocer la literatura más elevada que había detrás de ellos. La única copia que se conserva de la epopeya inglesa *Beowulf*, con su gran interés por los monstruos, incluidos los elfos y los orcos, pasó casi desapercibida desde la conquista normanda en 1066 hasta su publicación en Copenhague en 1815. Los poemas en nórdico antiguo de la *Edda Mayor* también permanecieron apartados de lectores y oyentes y en su mayor parte aletargados en un manuscrito de una granja islandesa, hasta que fueron redescubiertos y reeditados lenta y fragmentariamente por eruditos como los Grimm. El poema en inglés medio *Sir Gawain y el Caballero Verde*, con un interés muy similar por los elfos y los gigantes, apenas era conocido y, desde luego, no formaba parte de los programas universitarios hasta que fue editado por el propio Tolkien y su colega de Leeds, E.V. Gordon, en 1925. Sin embargo, los que leyeron estos poemas y sus numerosos análogos mal conservados tienen la sensación de que sus autores sabían algo, algo que concuerda entre sí y con los cuentos de hadas mucho más tardíos que aparecen en los tiempos modernos, y que es posible que se pueda averiguar de qué se trataba.

Esta es la actividad filológica de «reconstrucción» de la que se habla en el Prólogo (véase p. 21).

De dos maneras, pues, el cuento de hadas y sus antepasados provocaron la imaginación, sugirieron un mundo más amplio que después no exploraron. Se podía trabajar tomando como punto de partida a los enanos de «Blancanieves»; o investigar empezando por los enanos de *Ruodlieb*, un poema escrito en latín por un poeta alemán del siglo XII, o de la *Edda Mayor*, una colección de poemas escritos en nórdico antiguo, algunos de ellos probablemente incluso más antiguos que el *Ruodlieb*. Esto es lo que hacía Tolkien, como demuestra, por ejemplo, su obstinada insistencia en escribir —y hacer que los impresores imprimieran— la palabra *dwarves* [enanos], a pesar de que, como dice en su nota inicial de *El Hobbit*: «en inglés, el único plural correcto de *dwarfes dwarfs*». Si esa es la única forma correcta, ¿por qué utilizar una incorrecta? Porque la terminación *-ves* es un signo que marca la antigüedad de la palabra y, por tanto, su autenticidad. Incluso en el inglés moderno, las palabras antiguas terminadas en *-f* se pluralizan con *-ves*, siempre que se hayan mantenido en uso constante: *hooffhoves* [pezuña/pezuñas], *life/lives* [vida/vidas], *sheaffsheaves* [gavilla/gavillas], *loaffloaves* [hogaza/hogazas]... *Dwarfldwarves* podría haberse desarrollado de la misma manera, pero es evidente que dejó de ser de uso general, por lo que fue asimilado —probablemente por literatos, maestros de escuela e impresores— por el patrón más simple que se emplea en palabras como *tiff(s)* [riña(s)], *rebuff(s)* [desaire(s)], etcétera. Tolkien pretendía revertir el proceso. Los Grimm también habían hecho exactamente lo mismo con su insistencia en que el plural alemán de *elf* debía ser *Elben*, no *Elfen*, un préstamo tardío del inglés, que ya entonces era históricamente erróneo. Además, Tolkien tenía en mente desde el principio de *El Hobbit* un poema de la *Edda Mayor*. Es de ahí de donde recopiló todos los nombres de «Thorin y Compañía».

En comparación con *El Señor de los Anillos*, observamos que, sorprendentemente, *El Hobbit* presenta pocos nombres. La mayoría de los elementos naturales tienen nombres que no son más que sustantivos comunes y adjetivos con mayúsculas, como La Colina, El Agua, Valle, el Lago Largo, el Río Rápido, la Montaña Solitaria, la Colina del Cuervo y, por supuesto, la Carroca. A la tímida pregunta de Bilbo sobre el significado de este último espacio, Gandalf responde rotundamente que «[Beorn] La llamó la Carroca, porque carroca es la palabra que usa para ella. Llama carrocas a cosas así, y esta es la Carroca, pues es la única cerca de su casa y la conoce bien». Aparte de esto, también tenemos algunos nombres hobbits —Bolsón y Tuk, Hobbiton, y los subastadores Gorgo y Borgo—, bastantes más nombres de la mitología élfica de Tolkien, ya desarrollada pero aquí solo insinuada —Elrond, Gondolin, Girion, Bladorthin, Dorwinion, y más dudosamente Orcrist y Glamdring—, y algunos secundarios —Radagast, los trasgos Bolg y Azog, los cuervos Carc y Roäc, Bardo—. Pero cuando se trata de nombres de enanos, Tolkien los presenta en abundancia.

Los encontró en el poema *Voluspá*, «La visión de la Sibila», en una sección llamada el *Dvergatal*, «Cuenta de los enanos». En el nórdico antiguo original, el original contiene algo más de sesenta nombres, la mayoría encadenados como una simple lista rítmica, repetida de forma ligeramente diferente en la guía de la mitología nórdica del siglo XIII de Snorri Sturluson, el *Skáldskaparmál*, «Tratado sobre el navío skald», o podríamos decir, el «Arte de la poesía». Es sencillo observar inmediatamente la conexión con Tolkien cuando uno lee parte de la versión de Snorri que dice:

Nár, Náinn, Nípingr, Dáinn,
Bífur, Báfur, Bömbur, Nóri,

Órinn, Ónarr, Óinn, Miöðvitnir,
 Vigr og Gandálfr, Vindálfr, þorinn,
 Fíli, Kíli, Fundinn, Váli,
 þór, þróinn, þettr, Litr, Vitr...

Ocho de los trece nombres de los enanos del Thorin y Compañía de Tolkien están aquí presentes, junto con el nombre del pariente de Thorin, Dain, su abuelo Thrór y Thrain, algo cercano a la figura de su padre. Cuatro de los otros cinco —Dwalin, Gloin, Dori, Ori— no están lejos, al igual que Durin, que tanto en *El Hobbit* como en *Voluspá* es el antepasado legendario de los enanos, y el apodo de Thorin, Escudo de Roble, o Eikinskjalldi. Solo Balin —un nombre famoso en la historia artúrica, aunque quizás sea una coincidencia— no figura en la lista de Snorri.

Sin embargo, Tolkien no se limitó a copiar la «Cuenta de los enanos» o a buscar nombres en él. Más bien debió de observarlo, negándose a verlo, como hacen la mayoría de los eruditos, como un galimatías sin sentido o incomprensible, y en su lugar se planteó una serie de preguntas al respecto. ¿Qué hace, por ejemplo, «Gandálfr» en la lista, cuando el segundo elemento es claramente *álfr*, que significa «elfo» y que, en toda la tradición, es claramente una criatura muy distinta de un enano? ¿Y por qué aparece «Eikinskjalldi» ahí, cuando a diferencia de los otros no parece ser un nombre posible, sino más bien un apodo, «Escudo de Roble»? En Tolkien, por supuesto, se trata de un apodo, cuyo origen se da finalmente en el Apéndice A (III) de *El Señor de los Anillos*. En cuanto a Gandálfr, o Gandalf, Tolkien parece haber elaborado una explicación más compleja. En los primeros borradores de *El Hobbit*, Gandalf era el nombre que se daba al enano jefe, mientras que en la primera edición lo que Bilbo ve esa primera mañana es solo a «un pequeño anciano». Sin embargo, incluso en la primera

edición, el bastón del anciano entra pronto a formar parte de la historia, mientras que en la tercera —Tolkien introdujo cambios significativos tanto en la segunda como en la tercera edición, 1951 y 1966, respectivamente. Algunos de estos cambios se comentarán más adelante— Gandalf ya se ha convertido en «un anciano *con un bastón*» (la cursiva es mía). Esto parece muy adecuado. Incluso ahora, la «varita mágica» es propiedad común del mago de teatro, mientras que en toda la tradición literaria popular y erudita, desde el Próspero de Shakespeare hasta el Comus de Milton o el Mundodisco de Terry Pratchett, el bastón es la marca distintiva del mago. Parece como si, tarde o temprano, Tolkien debiera interpretar correctamente el primer elemento de «Gandálfr», de forma bastante plausible, como «varita» o «bastón», mientras que el segundo elemento, como ya se ha dicho, significa obviamente «elfo». Ahora bien, Gandalf en Tolkien no es un elfo, pero resulta que tampoco es un «anciano»; se puede ver que para los que no sabían la verdad —gente como Éomer en *El Señor de los Anillos* mucho más tarde— podría parecer claramente «élfico». Tolkien parece haber llegado a la conclusión de que «Gandálfr» significaba «elfo del bastón» y que debía ser el nombre de un mago. Y, sin embargo, el nombre aparece en el *Dvergatal*, de modo que el mago debe de haberse mezclado con los enanos. ¿Podría ser que la razón por la que el *Dvergatal* se había conservado se debía al hecho de ser el último registro de algo que una vez había sucedido, un gran acontecimiento en una mitología no humana, una *Odisea* de los enanos? Esto es, en cualquier caso, lo que Tolkien construye a partir de este material. *El Hobbit*, podría decirse, es la historia que subyace y da sentido al *Dvergatal*, y de manera más indirecta, incluso contextualiza a «Blancanieves» y a los cuentos de hadas semiderruidos de los hermanos Grimm.